

Quedó rigurosamente prohibida la enseñanza á todo el que no fuera hijo de padres ricos, ¿y en qué época? Después de una revolución que acababa de despojar de su fortuna á la mayor parte de las familias mas distinguidas y opulentas. Para consolarlas de su indigencia, un gobierno paternal las prohibía salir de ella, y porque eran desgraciadas, las degradaba del rango que ocupaban en la sociedad.

Ni aun á la caridad le fué permitido abrir escuelas gratuitas, á menos de pagar una contribucion sobre sus propias limosnas; y aun se cansó muy pronto el gobierno de esta condescendencia. La educacion tuvo sus aranceles, sus aduanas, y sus objetos prohibidos. Tal maestro, aun pagando la contribucion, no podia enseñar mas que tal cosa y hasta tal grado. Habia encargados que velaban para que no se cometiera fraude, y de hacer pagar los derechos impuestos. Cada establecimiento tenia su contabilidad, que no era por cierto lo que se examinaba con menos rigor en las temibles visitas, llamadas de inspeccion.

¿Y á qué fin tantas vejaciones? Para pagar á aquellos á quienes se obligaba á ejercerlas. Se ha calculado que suponiendo la módica parte supérflua de los recursos de los padres absorbida por los gastos ordinarios de la escuela, y esto es seguramente lo mas comun, era preciso, para suministrar solo los honorarios del gran maestro, que cada dia cinco mil niños cercenaran una parte de su mezquino pedazo de pan. Mr. de Fontanes, cuya alma era tan sensible y hermosa, ha debido hallar el suyo algunas veces bien amargo.

¿Cosa estraña! Al hombre que elevó al mas alto grado de esplendor la antigua Universidad, no le hubiera sido dado estudiar en la nueva. Rollin, no hallándose en estado de pagar las retribuciones universitarias, como se las llamaba, hubiera pasado toda su vida

dando vueltas á una piedra de afilar y puliendo acero en la tienda de su padre. La Francia con semejante régimen no hubiera tenido ni un Masillon, ni un Juan Bautista Rousseau, ni un Flechier; y ¡cuántos nombres célebres en las ciencias y en las artes se habrían perdido para ella! Con reglamentos como aquellos, dignos ciertamente de los Vándalos y de los Hunnos, se habrían completamente mutilado todas las ramas de su gloria.

Por lo demás, que la Universidad cerrase sus escuelas á los hijos de los pobres no es lo que le censuramos, pues así los salvaba de la corrupcion; pero impedir que se formasen otros establecimientos para ellos, hé ahí la injusticia mas repugnante. Si en el estado actual de las costumbres se niega á los hombres una buena instruccion, es indudable que recibirán otra mala de cuanto les rodea. Con demasiada frecuencia las mismas familias son en la actualidad las mas peligrosas escuelas para los niños: facilidades pues otras, en donde atraídos por la esperanza de adquirir conocimientos útiles, y acaso con el lícito deseo de elevarse de la condicion en que la suerte los colocó, adquieren los principios que garantizan la seguridad y la dicha de todas las condiciones. Sin duda importa poco que estudien con mas ó menos fruto una lengua muerta, que sepan leer, escribir y contar: pero importa mucho que sepan el catecismo; que conozcan sus deberes, y si es posible, los motivos de sus deberes; que por medio de una disciplina severa vayan adquiriendo desde la cuna el hábito de la obediencia: esto es lo que altamente interesa á la sociedad. ¡Ah! ¡cuánta sabiduría se echa de ver en la Religion, á la que tanto se acusa de apagar las luces! ¡Cuán previsora se mostraba en esa multitud de establecimientos fundados en favor de la infancia, entregada por la filosofia de nuestro siglo á la ignorancia

mas absoluta! Dia vendrá en que se apreciará dignamente el singular beneficio que la Religion hacia en este particular, y entonces nos admiraremos de nuestra larga y estúpida ingratitud.

Después de haber contemplado lo que habia, se aflige el ánimo al fijar la vista en lo que hay. Estudiar el génio de Bonaparte en las instituciones que planteó, es sondear las negras profundidades del crimen y buscar la medida de la humana perversidad. Las trabas que puso á la educacion servian á sus designios de una manera, en que acaso no se ha fijado aun bastante la atencion. Propendian aquellas trabas á envilecer el carácter nacional, propagando el culto del oro. Siendo las riquezas el único medio de distincion, cada cual cogia su puesto en la gerarquía social segun la renta que tenia: escala vergonzosa en la que se evaluaba la consideracion personal por cuartos y maravedises: sistema funesto que por sí solo habria bastado para dar al traste con la sociedad.

¿Estábais arruinado por una de esas rápidas variaciones políticas que destruyen y abruma el comercio? ¿Habia el tirano mandado quemar vuestros bienes en la plaza? Pues desde aquel momento quedaban vuestros hijos condenados sin remedio á vejetar como plantas, ó á moverse como autómatas, sin mas recurso que manejar el azadon ó llevar el fusil. De aquí nació aquel furor de enriquecerse de cualquier modo que fuera para librarse del envilecimiento: de aquí provino aquella baja idolatría que prosternaba el honor, el nacimiento y hasta la virtud, á los pies de algunos innobles aventureros.

Mas en fin, ¿qué era en sí misma aquella fastuosa educacion vendida á tan alto precio á los franceses, y que se les obligaba á recibir so pena de no tener ninguna? Por de pronto su principal objeto, mejor dicho, su único objeto era inspirar á los niños gustos y costum-

bres militares. Cada liceo ofrecia la imágen de un cuartel, viéndose en él la misma disciplina que en este y con el mismo aparato. El ruido de las armas resonaba sin cesar en el oido de los niños, y por decirlo así, se impregnaba en sangre á sus tiernas almas. Bonaparte mismo decia: *Todo francés es soldado*, y por consiguiente, así se le fabricaban soldados en sus escuelas como cañones en sus arsenales.

Pero esta monstruosa dislocacion de todas las ideas recibidas, esta estravagante violacion de todas las conveniencias sociales, era el menor defecto de la educacion que se daba en los liceos; y debemos además considerarla bajo la triple relacion de la religion, de las costumbres y de la instruccion.

No hablaremos del modo de organizacion de las Facultades de teología, que, confiando la enseñanza á profesores nombrados por el príncipe, despojaba á los obispos de un sagrado derecho recibido del mismo Dios, y entregaba la doctrina y la fé á discrecion del gobierno. El objeto manifiesto de esta medida, inventada la primera vez por José II, era apoderarse de la educacion eclesiástica, corromper el ministerio en su origen, y facilitar el cisma, encargando á algunos hombres asalariados el propagar sus principios, y si así puede decirse, depositar el germen en un terreno en el que se prometian pingüe cosecha.

Segun las leyes de la universidad, los preceptos de la Religion católica debian ser la base de la educacion; pero ¿qué son los preceptos de la Religion católica, sino la moral del Evangelio que pertenece indistintamente á todas las sectas cristianas? Escluíase, pues, el dogma con esa sola palabra, y se proclamaba la indiferencia de religiones, ó el deísmo, que segun Bossuet no es mas que un ateísmo disfrazado.

El celo del clero habia establecido un gran número de escuelas en que los niños eran educados realmente en la Religion católica

sin distincion de preceptos y de dogmas. Estas escuelas sostenidas por la confianza pública, no tardaron en inspirar recelos al gobierno. Principió este mandando que los estudiantes asistieran á las lecciones de los liceos y colegios para participar de las ventajas de una educacion menos supersticiosa. Tal era, sin embargo, el terror que los liceos y ciertos colegios inspiraban, que la mayor parte de las escuelas eclesiásticas resistieron al choque que debia infaliblemente destruirlas. Apenas vió el gobierno que su plan era insuficiente, cuando despachó una porcion de comisionados que con el martillo de Couthon en la mano recorrieron las provincias destruyendo en nombre de la ley las instituciones que disgustaban. El fruto de muchos años y de muchos esfuerzos fué aniquilado en pocos dias; y se creyó que la Religion iba á hundirse bajo el cetro del déspota que afectaba ser su protector.

Bien sabemos que cada liceo tenia un capellan; pero tambien sabemos que los hombres respetables que se consagraban á estas penosas funciones lamentaban la inutilidad de sus afanes mal secundados, algunas veces abiertamente contrariados y que frecuentemente les causaban disgustos y ultrajes. Cosas horribles diriamos si quisiésemos pintar las costumbres de los liceos. Una observacion será suficiente para que se forme una idea de ellos. Los mas intrépidos panegiristas de un gobierno tan insensato como atroz, en los estudiados arrebatos de su venal admiracion, jamás se atrevieron á encomiar la universidad mas que por su enseñanza; bajo todo otro aspecto un resto de conciencia los detuvo siempre al borde de las alabanzas, y una vez por lo menos mostraron el pudor de la adulacion.

Decimos la verdad sin parcialidad de ningún género. Los objetos que se enseñaban eran, como en otro tiempo, las lenguas griega y latina y las matemáticas: estas últimas eran

el estudio de preferencia, porque Bonaparte necesitaba muchos ingenieros y oficiales de artillería. Pero la perfeccion con que esta ciencia era enseñada, no redundaba sino en perjuicio de otras mas esenciales. La aficion á la geometria es por lo general incompatible con la aficion á las letras. La razon de esta verdad sabida de todo el mundo es fácil de hallar en la naturaleza de las cosas. Ocupar simultáneamente á la infancia con estos dos géneros de estudio, es atraerla hácia dos polos opuestos, es obligarla á elegir uno de los dos caminos ó impedirle hacer progresos en el uno y en el otro. Si algunos individuos privilegiados llegan á recorrer ambos caminos á la vez, sabido es que no debe juzgarse del método por las rarísimas escepciones que puedan ocurrir.

Además (y esto que vamos á decir es un inconveniente que tampoco se remedia con el sistema actual de educacion en Francia), unos maestros asalariados, cuyo único móvil es el dinero, no pueden emplear en el ejercicio de sus funciones aquella atencion, aquel constante cuidado, aquel incausable y perseverante celo, único que triunfa de la indolencia y de la veleidosidad de los niños: solo la Religion, solo la conciencia pueden inspirar al hombre esa adhesion absoluta á unos deberes mas penosos que lo que generalmente se cree. La ley podrá mandar un celibato provisional; pero no enseñará á guardarle, ni quitará el deseo ni la voluntad de tener algun dia familia: por consiguiente la ley no puede sofocar ese espíritu de interés que domina sobre todas las demas inclinaciones, y su único efecto será provocar de órdenes secretos, que no está al alcance de la ley el poder reprimir. No es por cierto de este modo como se satisfacen las justas esperanzas de los padres, no es asi como se educan para el Estado individuos que puedan prestarle útiles servicios.

Mas lo que se opone particularmente al estudio en las universidades es la indisciplina,

fruto de la irreligion y de la inmoralidad. ¿Cómo puede mantenerse el orden entre jóvenes volubles, fogosos y arrebatados, si se ha roto el único freno que podria contenerlos? ¿Cómo puede contra el torrente de sus gustos conseguirse de ellos una aplicacion laboriosa, sufrida y perseverante, cuando se principia por dar rienda suelta á sus pasiones, y renunciando al dulce imperio de la persuasion no se ha hecho uso mas que de la fuerza que irrita los caracteres violentos y debilita las almas apocadas? ¿Cómo, por decirlo de una vez, puede hablarse de deberes á una juventud turbulenta, despues de haberle enseñado á reirse de los deberes mas sagrados? La universidad con sus castigos militares, con sus prisiones y sus calabozos está todavia buscando medios de reprimir la insubordinacion siempre creciente, y la autoridad de una corporacion tan poderosa se ha estrellado mas de una vez contra la obstinacion de algunos niños de mala índole. La historia de las insurrecciones de los liceos es á la vez espantosa y risible.

En vano es pronunciar en alta voz la gran palabra unidad, pues nos hallamos en el siglo de las palabras, á las que no pocas veces se les da mas importancia que á las mismas cosas. Convenimos en las ventajas de un plan uniforme de educacion, aunque seguramente tambien tiene las suyas la diversidad de métodos, de donde nace la emulacion. Mas ¿en dónde se encuentra esta unidad preciosa menos que en la universidad, inconexo conjunto de hombres diferentes en costumbres, en hábitos y en principios, cristianos y filósofos, célibatarios y padres de familia, sin lazos de ninguna especie, sin disciplina comun y menos separados aún por la distancia de los lugares que por la contrariedad de ideas y de opiniones? ¿A quién se hará creer que para que haya unidad de enseñanza basta enseñar los mismos objetos? Las esplicaciones del maestro, las aclaraciones que debe hacer, ¿no forman por ventura la mayor parte, el fondo, digámoslo

asi, de la instruccion? Y esas esplicaciones, que no se derivan sino del modo de pensar de cada maestro, ¿no son lo que mas influye sobre los discipulos? ¿Habria unidad de espíritu y de plan entre el profesor poeta pensionado por Bonaparte, que esplicaba á sus discipulos, no en clase ciertamente, sino en una reunion particular, la oda que cerró á Piron la entrada de la Academia, y el capellan que se afanaba por inculcarles las máximas de la moral cristiana? Muchas frases tendrian que gastarse antes de convencernos.

Si Bonaparte hubiese preferido los intereses de la humanidad á los de su egoismo, hubiera tratado de imitar lo que existia en la época de mayor esplendor de la Francia, y entonces se habria conseguido plantear verdaderamente una educacion pública, á propósito para inspirar confianza, sin recargar el Estado ni las familias con unos gastos enormes; entonces se hubiera tenido un verdadero cuerpo de enseñanza, cuerpo religioso, pues sin Religion no puede haber ni estabilidad ni unidad. Tambien podia haber suprimido todas las trabas, y dejado una libertad entera, en cuyo caso tal vez se habrian conseguido numerosos establecimientos de enseñanza, cuya emulacion hubiera garantizado sus adelantos. Si hubiera temido abandonarlos enteramente á sí mismos, lo cual en efecto habria sido quizá una imprudencia, ¿no debia haberlos puesto bajo la vigilancia de los obispos, jueces naturales, no de la perfeccion de los estudios, porque estos siempre serán buenos, siéndolo los maestros, sino de las costumbres y de la doctrina, cuya pureza toca á los dichos prelados el conservar? De esta manera ni habria habido exacciones, ni odiosa restriccion, ni providencias tiránicas. Los padres, maestros de sus hijos, no viéndose precisados á sacrificar al Moloc de la Francia, no se habrian visto en la cruel alternativa de abandonarlos á la ignorancia ó de consentir en su perversion.

El azote de una educacion irreligiosa é in-

moral se propagaba por donde quiera que las victoriosas armas de Bonaparte establecían su dominio. En vista de esto ¿cómo se podrá menos de rendir un tributo de admiración al heroico denuedo con que los españoles y portugueses resistieron la invasión, cuyos resultados debían ser no solo precipitar del trono á sus reyes legítimos, sino corromper el pueblo, nutrir las malas pasiones y entregar la Religión al desprecio?

No entra en el plan de una *Historia* puramente eclesiástica referir hechos de la historia política de las naciones; pero no podemos pasar en silencio que cuando Bonaparte, no contento con lo que su perfidia había sabido sacar de la España, formó el proyecto de apoderarse de la Península, levantáronse españoles y portugueses como si no fueran mas que un solo hombre, para defender su Religión, su libertad y la independencia de su territorio. Y como no fué poca la parte que en esta prodigiosa hazaña tuvo el virtuoso clero español, bajo este concepto nos será permitido decir dos palabras acerca de la guerra de España, siquiera por vindicar á tan ilustre clase de las malignas acusaciones con que irritante parcialidad ha pretendido denigrarla. Los sacerdotes y los religiosos españoles contribuyeron en gran manera á fomentar la resistencia á los invasores. ¡Donosa acusación! ¿Desde cuándo prohíbe la Religión á sus ministros predicar el amor á la patria? El virtuoso obispo de Santander, el de Pamplona y otros muchos, favorecidos por Bonaparte con el dictado de *rebeldes*, fueron generosos sostenedores de su país. ¿Qué amigo de su Religión no tenía derecho para levantarse contra la profanación, el pillage y la destruccion de las iglesias, de los conventos y de todos los lugares consagrados á la piedad (1)? Háse tambien

(1) *Memorias para la Hist. ecles. durante el siglo XVIII*, t. 3, p. 495-496.

acusado á los religiosos españoles de haberse dejado llevar á actos de crueldad con algunos prisioneros. Podrá suceder que en algunos casos hubiese terribles represalias; pero téngase en cuenta que el pueblo español se hallaba exasperado hasta el último extremo por las perfidias y atrocidades sin cuento de los partidarios de Napoleon. Levantóse, pues, impelido por el justísimo deseo de una defensa legítima, y si en la desigual pelea que sostuvo sin mas elementos que su valor, ocurrió algun esceso, ¿á quién debe imputarse sino al que á pesar de ser fuerte y aguerrido no se desdennó, para vencer, de todas las villanías mas odiosas? Si la exaltacion de las pasiones populares arrastró en su torbellino á algun religioso, nosotros deploramos ese olvido de su carácter y esa conducta reprobada por el Evangelio, y que por lo tanto fué una mancha; pero mancha tan poco imputable al clero español, como la traición de Judas al Sagrado Colegio apostólico. Pero ¿cuánto no se han exagerado en Francia los pretendidos escesos de este virtuoso clero en aquella época? Por fortuna las Memorias de aquel tiempo preseatan bajo muy otro aspecto á la mayor parte de los religiosos. En los sitios de Zaragoza y Gerona fué prodigiosa la actividad desplegada por el clero: en los templos anunciaban la palabra divina; de allí corrían al lado de los enfermos ó heridos para prestarles toda clase de socorros; al seno de las familias para tranquilizar ó consolar á las madres y esposas desoladas; á la brecha para recoger los heridos en sus brazos, distribuirles remedios, y aun volverlos á la vida ó bien darles fuerza para dejarla. Ellos participaban de todos los peligros; muchos fueron heridos en el momento en que, tendidos al lado de los moribundos, llenaban para con ellos los últimos deberes de la caridad cristiana. En el sitio de Gerona y durante el bombardeo de esta ciudad, los religiosos se dedicaban á seguir los rastros de las bombas enemigas en medio de

los escombros; retiraban á los desgraciados sepultados entre ellos, y les prodigaban todos los socorros que estaban en su mano. A su celo se debió la formación de caritativas asociaciones de señoras que se consagraban á la asistencia de los heridos. ¿Y cómo eran tratados estos ilustres religiosos cuando caían en poder de las huestes de Napoleon? Eran asesinados desapiadadamente por los soldados furiosos, ó bien condenados á prision, no teniendo otra alternativa que la muerte ó la miseria. Los que eran conducidos á Francia, se veían despojados de todo, eran arrastrados de ciudad en ciudad, y reducidos á la mas espantosa indigencia, perecían á millares. Generalmente hablando, esta guerra fué un manantial de deplorables calamidades.

Llegaron á Roma diputados españoles para felicitar secretamente á Pio VII por su resistencia. El corazón del Pontífice simpatizaba vivamente con su causa, y no pudo saber sin amargo desconsuelo que por un decreto de 6 de junio de 1808 quedaba José Bonaparte nombrado rey de España (a). El trono de Na-

(a) Tiempo es ya de que digamos algo de nuestra España, y aprovechando la circunstancia de hablar aquí de ella el autor de la presente *Historia* amplíemos algun tanto sus noticias, siquiera hayamos de estendernos mas de lo que consienten quizá los límites de una nota.

Por desgracia la influencia del gobierno francés venia pesando desde 1793 sobre nuestra España. La desastrosa é impolítica guerra que por espacio de tres años habia costado sacrificios inmensos á nuestra nación, terminó con la ignominiosa é inoportuna paz concluida en 22 de julio de 1793, por la que devolvió Francia las plazas que habia conquistado en la Península, pero adquiriendo en cambio la parte española de la isla de Santo Domingo. Desde aquella época, dice un historiador, se empezó á abrir el horroroso precipicio en que indudablemente se hubiera hundido la monarquía española, si el heroísmo de sus hijos no hubiera sabido salvarla despues á costa de un millón de vidas. Confiada enteramente la administración pública al privado Godoy, que tomó el título de príncipe de la Paz, cambió completamente el sistema político del gabinete español. Inhabíl el favorito para la dirección de los negocios, y no contento con haber reconocido sin restriccion alguna el gobierno republicano, aceptó su íntima alianza y firmó el ruinoso tratado de San Ildefonso en 18 de agosto de 1796,

por el que España se ofreció á tomar parte en las desgracias de la Francia, debiendo suministrar á aquel gobierno una escuadra de quince navios de línea y un ejército de veinte y cuatro mil hombres con su correspondiente artillería. Luego que Inglaterra tuvo conocimiento de este tratado, declaró la guerra á España, batió nuestra armada, bloqueó nuestros puertos, cortó la comunicacion de la metrópoli con las colonias y dejó paralizado el comercio y la industria. Tal era el estado lamentable en que habia decaído nuestra España poco antes tan floreciente!

Pero, á pesar de eso, continuaba el príncipe de la Paz gozando de la confianza de sus soberanos, y aun afirmándose mas en ella, pues logró establecer una especie de competencia entre el rey y la reina para engrandecerle y consiguió enlazarse con la Real familia, casandose con Maria Teresa de Borbon, sobrina de Carlos III. No pasó, sin embargo, desapercibida para el clero la conducta de Godoy; antes bien llamó la atención de algunos celosos prelados españoles, y especialmente del ilustre señor Despuig y Damato, á la sazón arzobispo de Sevilla, bajo cuya dirección tres religiosos denunciaron á Godoy en 1796 al tribunal de la Inquisición. El inquisidor general Lorenzana, arzobispo de Toledo, temió sin duda el poder colosal del valido, y Despuig se dirigió al Papa por medio del nuncio para que reprendiese á Lorenzana por su timidez. Pio VI escribió efectivamente al inquisidor; pero interceptado el correo en Génova por los franceses, Bonaparte envió las cartas á Godoy con el objeto de consolidar la amistad entre el Directorio y la corte de España, siendo el resultado verse estrañados del reino los arzobispos de Toledo y de Sevilla á pretexto de visitar al Papa en Roma, desde donde renunciaron sus mitras, que fueron luego conferidas á don Luis de Borbon, hermano de la mujer del príncipe de la Paz. Este triunfo y el que poco despues consiguió contra los ministros Saavedra y Jovellanos, acrecentaron mas y mas el poder del valido y las desgracias de España.

En la época de que venimos hablando, era pues, sobremanera crítica la situación de España. Godoy, el favorito de Carlos IV, que habia encadenado la suerte de esta nación magnánima al carro de Napoleon, despues de haber concedido á este un subsidio de veinte y cuatro millones de francos para sostener la guerra contra la cuarta coalición promovida por la Prusia, con la vana esperanza de guarecerse por medio de su tratado de sus miras ambiciosas, luego que le vió comprometido en la guerra, y antes de columbrar sus resultados, cometió la fatal imprudencia de publicar una misteriosa proclama, llamando á los españoles á las armas para salvar la patria de peligros, que no señalaba, y de enemigos que no nombraba. Ninguno dudó sin embargo que hablaba de los peligros que nos amagaban de parte de Francia, y que el enemigo era su emperador, y este que lo conoció mejor que nadie, se irritó sobre manera y ardió en deseos de venganza. Publicada esta proclama en 5 de octubre de 1806 empezaba apenas á circular, cuando llegó la noticia de la brillante victoria que Napoleon habia alcanzado en los campos de Jena, y entonces el imbécil privado, conociendo el esceso de su impruden-

En aquel momento Pío VII se hallaba bajo la impresión de una violación del derecho de

cia, envió un embajador extraordinario para felicitar al vencedor de las coaliciones, quien aparentando creer, como se le dijo, que el armamento de España había tenido por objeto rechazar la invasión de los ingleses, y conservar su seguridad interior, se sonrió y admitió las felicitaciones; pero en la realidad se confirmó en el proyecto de apoderarse de España, y empezó á preparar los medios, aunque seguía fingiendo ser aliado. Para fingirlo mejor y debilitar nuestras fuerzas reclamó de Carlos IV la ejecución del tratado de alianza, y pidió pasase á Francia y á Italia un ejército español para trasladarle al Báltico en caso de necesidad, como efectivamente se ejecutó despues de algunas contestaciones, siendo trasportada á Dinamarca una escogida division española á las órdenes del emperador. Marchando estas tropas al Norte quedaron desguarnecidas las plazas: faltaban al mismo tiempo recursos pecuniarios para hacer otras nuevas: la marina estaba destruida por los ingleses, desde el combate de Trafalgar en 1805, y los miserables restos de la grande armada que dejó al morir Carlos III puestos á disposicion de la Francia.

Esta situacion, que realmente hacia de España una colonia francesa ó una provincia tributaria del imperio, vino á apurar de tal suerte el erario de esta desgraciada nacion, que fué preciso echar mano de los últimos recursos. Ya en 1798, se habia impetrado del Papa Pío VI unas bulas para vender cuantas fincas poseian las iglesias, así de seculares como de regulares, afectas á obras pias y á otras semejantes mandas; y una Real orden del 19 de setiembre de aquel año, mandó ejecutar dicha venta. Enagenáronse en consecuencia todos los bienes mencionados en la cantidad de mil seiscientos cincuenta y tres millones, trescientos setenta y seis mil cuatrocientos y dos reales. Pero obstaculadas las demas fuentes de la riqueza pública, paralizado el comercio é imposibilitada en parte la comunicacion con las colonias de América á causa de la guerra con la Gran Bretaña, pensó de nuevo el gobierno dirigido por Godoy en buscar en los bienes eclesiásticos otro socorro no menos considerable que el anterior. Suplicó efectivamente y obtuvo del Papa Pío VII las bulas necesarias para enagenar, á favor de la corona, la sétima parte de los bienes eclesiásticos; mas esta venta no se llevó á cabo por las nuevas y mayores turbulencias que sobrevinieron á la nacion desde mediados de 1807.

Una de las ocurrencias mas señaladas de este año fué la célebre causa del Escorial. El principe de Asturias Fernando, á quien todos miraban como el próximo remedio de las calamidades de la patria, se hallaba sin la menor influencia en los negocios. Heredero del trono, jamás hubiera podido asentir á su degradacion y á la ruina del poder que algun dia debía de obtener; por lo cual no le era posible contribuir á los manejos del odioso favorito á quien condenaba el grito universal de España. Godoy, por su parte, firme en el favor de los reyes, tenia al principe en la mayor opresion; hacia vigilar constantemente sus pasos, y el mas duro espionaje seguia por todas partes á las acciones del heredero de la corona. La enfermedad que en 1806 puso á Carlos IV al borde del sepulcro, hizo tener al valido por la pérdida de su autoridad y

gentes cometida contra la persona del prosecretario de Estado. El cardenal Gabrielli habia

cuantiosas riquezas. Amedrantábale la indignacion de la nacion ofendida y la justicia de su futuro monarca, y en tan inminente riesgo trató de precaver su daño por todos los medios. Los amigos del principe de Asturias procuraron garantir su augusta persona y los derechos del trono de todo atentado, y el joven Fernando estendió en tan critica situacion un decreto de su propio puño y sin fecha, confirmando el mando de sus tropas al duque del Infantado, para en el caso que falleciese su augusto padre. El restablecimiento de la salud del monarca ofreció al favorito los medios de asegurar la impunidad, y viendo frustrado su proyecto de casar al principe heredero con una hermana de su propia muger, procuró convertir en daño de Fernando los generosos esfuerzos que sus mas leales servidores hicieron para salvarle. Alejóse para esto de la corte con afectada precaucion á fines de octubre, é hizo llegar el dia 28 á manos del rey un anónimo calumnioso, en que le denunciaba una conspiracion contra su vida y contra su corona, á cuya cabeza decia hallarse el principe de Asturias. Carlos IV, traspassado el corazon de dolor, luego que recibió el fatal anónimo, pasó al cuarto del principe, hizo abrir su escritorio, tomó todos sus papeles, los examinó por si mismo, y los entregó despues al ministro de Gracia y Justicia, marqués Caballero. Al dia siguiente por la tarde convocó al rey á todos los ministros y al presidente del Consejo de Castilla: compareció el principe ante esta especie de tribunal, y su padre le hizo varios cargos sobre el contenido de los papeles que se le habian hallado. Contestó Fernando con la franqueza y sinceridad propias de la inocencia; pero el rey, prevenido contra este principe por las calumnias y perversas sugerencias del valido, se levantó, y acompañado de los ministros, seguido de su guardia, y dando el mayor aparato al ejercicio de la mas terrible funcion de la corona, condujo al principe á un cuarto del monasterio del Escorial, le pidió su espada, declaróle prisionero de Estado, y prohibió toda comunicacion. Publicó el dia 30 un decreto denunciando á la ley, á sus vasallos y á todas las naciones, el crimen de alta traicion de su hijo primogénito, heredero jurado del trono, y anunció que iba á ser juzgado segun el rigor de las leyes. Es indecible el sentimiento de pasmo, de escándalo y de indignacion que escitó su publicacion en toda la monarquia; doce millones de habitantes levantaron su voz y denunciaron á la Europa á Godoy como autor de tamañó atentado, proclamando inocente al principe á quien amaban. En vano el favorito movió ocultamente todos los resortes de la perfidia para hacer subir al principe las escaleras del cadalso: la inocencia destruyó las tramas de su iniquidad y él mismo se apresuró á ponerse á cubierto de la terrible responsabilidad que iba caer sobre su cabeza al manifestarse la inicua trama. En efecto, viendo que Fernando comenzaba á probar su inocencia, presentóse en el Escorial afectando hacer el papel de mediador: procuró cortar la causa, y obtuvo que Carlos IV perdonaria al principe, con tal que este implorase su clemencia, como se efectuó al cabo de cinco dias de prision. Sin embargo, se nombró una junta para la formacion del proceso y sentencia contra los mas fieles servidores del principe; pero los ilustres

dirigido el 16 de mayo al encargado de negocios del reino de Italia una protesta contra la

magistrados que la componian, cuya conducta será siempre el modelo del honor y de la integridad, declararon unánimes su inocencia en 25 de enero de 1808. Mas á pesar de este testimonio legal, viéronse los antiguos amigos de Fernando, unos reclusos y otros desterrados por la prepotencia del favorito, que osó despreciar la voz augusta de la justicia.

Mientras en el Escorial sucedian tan desagradables escenas, atravesaba el norte y el oeste de España un ejército francés que se dirigia á ocupar el Portugal. Este reino, no menos desgraciado que nuestra España, hallábase en un estado todavia mas deplorable, por haber ya decidido de su suerte el famoso tratado secreto de Fontainebleau concluido en 27 de octubre de 1807. Napoleon habia resuelto conquistarle, para quitar á la Inglaterra la única puerta de comunicacion con el continente, y para aumentar al mismo tiempo su dominacion y preparar los medios de apoderarse de toda la Peninsula. Protestando siempre su amistad y benevolencia para con la España, y favoreciendo en secreto las intrigas y miras ambiciosas de Godoy, estipuló en el referido tratado con el plenipotenciario español, que la reina de Etruria cederia su reino para ser incorporado á su imperio, y que por via de indemnizacion se le daria una provincia portuguesa bajo el título de reino de Lusitania septentrional; que Godoy seria declarado soberano hereditario de los Algarbes, y que el resto de Portugal quedaria en depósito hasta la paz general, para disponer de él segun las circunstancias y del modo que conviniesen entre sí Carlos IV y el emperador. En el mismo dia en que se concluyó este ominoso tratado, firmóse una convencion separada, en cuya virtud se abrian las puertas de la Peninsula á los ejércitos franceses, y se obligaba España á unir sus tropas á las del imperio para conquistar los Estados de Maria I, cuyo angusto hijo, el principe regente, procuraba en vano aplacar la ferocidad de Bonaparte. Persuadido de que eran inútiles cuantos esfuerzos hiciese su nacion para oponerse á la invasion francesa, resolvió embarcarse para sus dominios de Ultramar; y despues de haber nombrado una junta de gobierno, salió de Lisboa el 27 de noviembre con toda la Real familia, y se hizo á la vela para el Brasil. Tres dias despues entró en la capital el general francés; y el 13 de diciembre abatió el estandarte de Portugal, enarbolando en su lugar el del imperio francés. Los valientes lusitanos vieron ultrajado por manos enemigas el estandarte, á cuya sombra habian prodigado mil veces su sangre, y que estaba consagrado por todos los recuerdos de la Religion y de la gloria, pues le llamaban el Nuevo Labarum, porque segun sus crónicas Jesucristo le habia dado á su primer rey Alfonso Enriquez en 1139 cuando la célebre batalla de Ourica. El pueblo corrió á las armas clamando venganza; pero fué aterrado y sojuzgado por la fuerza, quedando los franceses dueños absolutos de Portugal. Recibió Napoleon esta noticia en Milán, y por un decreto de 23 de noviembre de 1807, declaró aquel reino incorporado perpétuamente al imperio.

A consecuencia de este decreto se destruyeron en Portugal todos los trofeos de la casa de Braganza, y las aguilas de Napoleon ocuparon en los monumentos públicos el lugar de las quinas portuguesas. Para llenar

la exhorbitante contribucion de cuatrocientos millones que el fiero conquistador impuso á aquella nacion, despojada de sus colonias y del comercio exterior que hacia toda su riqueza, fué preciso vender hasta el arado del labrador y los útiles de los artesanos. De aquí puede ya inferirse cuál seria la suerte de los bienes eclesiásticos y de todos los objetos consagrados al culto. Atenóse en efecto á todo lo que servia al ejercicio de la Religion, y los usurpadores se apoderaron de la plata de las iglesias, sin perdonar los vasos sagrados. La dispersion de ambos cleros, la destruccion de algunos templos y conventos y la trasformacion de otros en casernas y caballerizas, fueron otros tantos lamentables resultados de la invasion. Confiscáronse asimismo todas las posesiones y bienes del patrimonio Real de la reina y de los principes; se alejó á los hombres de mas influencia en la nacion, bajo el especioso pretexto de rendir su homenaje al emperador; el ejército fué enviado á Francia; en una palabra, se arruinó en Portugal cuanto pertenecia á su antiguo estado y podia contribuir á restablecerle.

Infringido así violentamente el tratado de Fontainebleau, despojada la reina de Etruria de sus Estados de Italia sin indemnizacion alguna, y constituido Napoleon dueño absoluto de Portugal, hizo que nuevos ejércitos pasasen el Pirineo para llevar á cabo la perfida usurpacion de España. Recibia nuestra nacion á los franceses como aliados, sin que el gobierno acabase de conocer el inminente riesgo á que habia conducido á la nacion la falsa política y loca ambicion del valido. Hallábase á principios de 1808 en poder de los franceses y por traicion ocupadas las principales plazas de guerra, y Murat sobre Madrid. Y todavia admirable candidez! el rey, el principe, el privado, la corte, el pueblo, todos ignoraban el objeto de aquel formidable aparato de fuerza. «Doce millones de hombres, dice un historiador, fluctuaban entre el temor y la esperanza. No cabia en el corazon de la hidalga nacion española sospechar de un hombre tan grande como Napoleon tan grande alevosia.» Cayó finalmente el velo; quiso la corte salvarse del horrendo precipicio que tenia abierto bajo sus pies; formó el proyecto de trasladarse á Sevilla, y desde allí á Méjico; pero al divulgarse este rumor, una inmensa multitud del pueblo corrió á Aranjuez donde se hallaba la corte, resueltos todos á impedir la salida de sus monarcas. El decreto que publicó entonces Carlos IV con la fecha de 16 de marzo de este año de 1808 dirigido á tranquilizar al pueblo, si bien logró aquietarle, no bastó sin embargo á hacerle deponer su desconfianza y consternacion. La vista de algunos nuevos preparativos de marcha conmovió otra vez los ánimos; y el 18 de aquel mes, antes de amanecer, acometió el pueblo mezclado con la tropa el palacio del favorito, derribó su poder, y le hubieran inmolado á su resentimiento, á no presentarse el principe de Asturias, que por tres veces calmó el furor popular y salvó la vida de su enemigo en medio de la revolucion.

Habiase esta dirigido únicamente á derrocar al valido que por espacio de doce años habia oprimido y escandalizado la monarquia; ni una sola palabra se oyó que ofendiese al trono; al contrario, las aclama-